

Rosa montero, alumna agradecida

Mucho antes de ser periodista famosa, y lejos aún de imaginarse ejerciendo de escritora nueva ola que desmenuza con amargura el desamor y trata como a una reina las atormentadas vidas del prójimo, Rosa Montero era feliz en el Instituto madrileño «Beatriz Galindo». En aquel viejo caserón, carnada de piqueta, Gerardo Diego le enseñaba a creer en la Literatura. Fue allí donde la niña Rosa descubrió los tentáculos del amor último cuando veía cómo un venerable profesor («todos eran viejísimos») sentaba tiernamente en sus rodillas a las alumnas más macizas y a golpe de lección les iba adivinando el cuerpo. Y Rosa Montero se divertía mirando, porque a ella nunca le tocó, agradecida al azar que dio con sus huesos en un destartalado Instituto que le enseñó a sentarse encima del abrigo para que no se lo robasen.

Pascual Sicilia

«De pequeña, asistí tres meses al Liceo Francés, luego me puse enferma y ya no fui más. Más tarde hice el ingreso en un colegio de monjas pero sólo duré cinco meses. Hice todos los estudios hasta el pase a la Universidad en el Instituto Beatriz Galindo».

A Rosa Montero, antigua colegiala largamente perseguida por T.E. para tenerla en esta página, no es preciso preguntarle por sus recuerdos estudiantiles, porque aún los lleva pegaditos a su presente. Afortunadamente para ella, entrar en la escuela no era ir al matadero.

EL PRIVILEGIO DE TENER UNA EDUCACION PUBLICA

«Estoy encantada de haber ido al Beatriz Galindo, porque creo que es un privilegio estudiar en un Instituto y no en un colegio de monjas. Era un sitio muy peculiar, hasta cuarto de bachiller tan sólo estábamos treinta alumnas por clase. Teníamos una estufa que encendíamos cada mañana con papeles y que llenaba toda el aula de humo, se nos caía el yeso del techo encima de lo viejo que era, los wateres eran los más guarros que he visto en mi vida, en fin, era un sitio muy divertido. Luego nos dieron quince días de vacaciones porque lo cerraron para hacerlo nuevo por completo. Y las cosas cambiaron, en vez de treinta estábamos noventa y teníamos que sentarnos encima de los abrigos para que no nos lo quitasen».

Ejemplar atípico de alumna agradecida, no es difícil imaginársela menudita y avispada, con una voz asilbatada y nerviosa, auténtico atropello de interlocutores más mustios y menos vitales que ella. Vivió el colegio como un juego en el que si no intervienes en primera línea te pasa por encima y te margina.

«TE OBLIGABAN A DESPERTAR POR TI MISMA»

«Aquello era la guerra y tenías que aprender a buscarte la vida por tu cuenta. Era un rollo muy vital y muy poco formal, donde era preciso escoger tu propio camino. Gran parte de las cosas buenas que tengo parten de esa época. Era un lugar que te obligaba a despertarte.»

A estas alturas debemos estar ya hacia la mitad de la década de los sesenta, en pleno reinado dei varapalo y tentetiso, aunque los profesores de aquel Instituto no parecían seguir los tiempos. El vive y deja vivir, era su máxima de cabecera, un método quizá poco didáctico pero que hizo posible que aquellas niñas se sintiesen en un oasis, sutilmente libre, dentro del Madrid de la época.

«Durante los cuatro primeros años del Instituto, tuve unos profesores que eran unas viejas momias todos eran viejísimos y laicos, que en aquella época sonaba raro. El más conocido era Gerardo Diego que me dio clase de Literatura. Tenían la desventaja de que pasaban mucho de las niñas, pero creo que no eran muy malos. Cuando reformaron el Instituto mejoró bastante el nivel al venir profesores mucho más jóvenes, porque los de los primeros años pasaban absolutamente de todo, la verdad es que se lo debían tomar como si se metieran en el circo de los leones. No favorecían el diálogo y utilizaban unos métodos antiquísimos. Incluso había algunos un poco sádicos que cuando te sacaban al estrado preguntaban diez mil veces lo mismo pero buscándole las vueltas hasta que nos obligaban a equivocarnos.»

UN PROFESOR VERDE Y MANOS LARGAS

A pesar de todo, muy mal, lo que se dice muy mal no le fue a Rosa Montero con sus viejos profesores, porque lo cierto es que se confiesa divertida continuamente en clase. Hasta recuerda con cariño a un profesor verde y de largas manos.

« Teníamos uno, también muy viejo, que sacaba a las niñas más formadas y se las ponía en las rodillas y las sobaba descaradamente delante de todas. Y nosotras nos decíamos ¡Que amable es fulanita, es tan bueno! La verdad es que era el único que se mostraba cariñoso, aunque te metiese mano. Yo, como era muy niña y como repugnante, nunca fui elegida para esos menesteres. »

Leída y agasajada durante los últimos años, Rosa Montero consiguió el Premio Nacional de Periodismo en 1980. Seguramente, buena parte del éxito tenga su raíz en lo que le enseñaron o tuvo que aprender por cuenta propia en el Instituto Beatriz Galindo.

«Creo que las últimas reformas emprendidas por el Gobierno suponen un cierto intento por racionalizar la educación, aunque falta mucho para hacer. La LODE, que es un parche, está haciendo estragos en una derecha que es lo más cínico que conozco, porque es una ley que cambia poco. Todo se está haciendo de una forma titubeante. »